

Secretaría de Prensa

**DISCURSO DE S.E EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,**  
**D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, AL IMPONER LA ORDEN AL MERITO**  
**AL PRESIDENTE FERNANDO COLLOR DE MELO**

BRASILIA, 26 de Julio de 1990.

Excelentísimo Señor Presidente:

No puedo ocultarle la alegría profunda que me causa haber participado en esta importante jornada de amistad y acercamiento. Como Presidentes de nuestras naciones estamos llamados a protagonizar actos que solemnizan una fructífera relación que, en el caso del Brasil y de Chile, han tenido como protagonistas principales sus pueblos generando un vínculo anclado en sentimientos profundos.

Nuestra insigne poetisa Gabriela Mistral, quien describió incomparablemente el alma latinoamericana, expresó en palabras exaltadas lo que ella misma calificó como la "verdadera pasión que siento por esta tierra del Brasil", tierra que la acogió cariñosamente cuando Gabriela, premio Nobel de Literatura, cumplió funciones consulares en Petrópolis.

En carta que le dirigiera en julio de 1942 al ex Presidente Eduardo Frei, escribió inspiradas líneas, redactadas en momentos en que el Brasil asumió con decisión y valor una encrucijada trascendente de su vida internacional.

"El Brasil se porta a la altura de su historia y de la naturaleza ética que tiene su pueblo. Han dado la cara, han puesto el pecho, están cumpliendo sus pactos y están defendiendo su costa y limpiando su interior". "Me conmueve esta conciencia colectiva, cristiana y racial".

"Ojalá Chile sepa comportarse como él en el momento crucial". "Porque Chile está más obligado que otros países con el Brasil..."

Estas palabras son reflejo de que la amistad chileno-brasileña ha sido forjada no sólo en valores comunes, sino por sobre todo en el afecto de dos naciones que han sabido descubrir - intuitivamente- hondas afinidades en su carácter. Ello ha convertido este vínculo amistoso en un elemento tradicional de la política exterior de ambos países.

Hoy, Brasil y Chile comparten la vigencia de grandes desafíos, en una etapa crucial común a toda América Latina.

Los demócratas no necesitamos ser convencidos de que la democracia es requisito de toda convivencia civilizada. Como toda obra humana, creemos que es en un sistema perfectible, pero es el único capaz de concitar plena legitimidad. Su base es el consentimiento de hombres libres, iguales e informados, cuya dignidad y derechos proceden de una soberanía más alta, por lo tanto son superiores y preceden a toda forma de estado.

Sólo la democracia es capaz de reconocer en su esencia la dignidad intrínseca del ser humano. Sólo ella encuentra la legitimidad en la aceptación de todos: mayorías y minorías. Sólo ella puede garantizar los derechos humanos, pues tales derechos son la base misma de la convivencia democrática. Sólo ella permite resolver las contradicciones ideológicas al subordinarlas a un imperativo de armonía social y al presuponer la adhesión de todos a las reglas del juego democrático. En fin, sólo ella puede atender las necesidades del hombre en su totalidad, a través de la justicia social, sin que la democracia se desnaturalice.

No obstante, esta democracia tiene críticos, de buena fe o por soterradas simpatías totalitarias. Ellos le enrostran su ineficiencia o su formalismo para enfrentar los obstáculos que nuestros países sufren como consecuencia de su estado de desarrollo, de las desigualdades y por la dificultad para conciliar la lucha por los ideales de justicia social con el realismo económico.

Es así como nuestras agitadas historias latinoamericanas nos revelan que la democracia no es un bien cuya posesión debamos dar por segura, sin asumir al mismo tiempo la carga de su celosa custodia y su fortalecimiento.

Por todo esto, los gobiernos democráticos estamos llamados a ser eficaces en una etapa en la que parecen haberse agotado las segundas oportunidades para América Latina. De ahí que nuestra responsabilidad sea responder con medidas eficientes a las grandes necesidades de nuestros pueblos, junto con consolidar la democracia como forma de convivencia.

Fácil y grato debe ser administrar en la abundancia. Nosotros, en cambio, estamos construyendo los cimientos de una

justicia económica plena que disfrutarán futuras generaciones, y que resultará imposible sin la disciplina y la entrega de hoy. Nuestro deber como gobernantes es velar no sólo por el presente sino también por el futuro, aún cuando nuestro mandato recoge tantas esperanzas insatisfechas.

Vivimos la hora de mayor expansión democrática en nuestro hemisferio. La dictadura y el autoritarismo han retrocedido en el continente. Al mismo tiempo, la conciencia de los derechos humanos como sustento moral y práctico de toda vida social se asienta cada vez con mayor firmeza en una región donde el sufrimiento humano ha alcanzado límites insospechados de dureza. Por ello, la hora presente nos obliga a vigorizar las relaciones tradicionales, de manera que configuren una herramienta más para asumir el proceso político, económico y social en que nos encontramos.

Excelentísimo Señor Presidente:

Nuestros pueblos se enfrentan hoy al desafío de demostrar que la libertad y la justicia social no son incompatibles con la eficiencia y el rendimiento; que en democracia y con justicia somos capaces de avanzar en el camino del crecimiento, y el desarrollo. Este desafío requiere de mucho coraje, y Ud. Excelentísimo Señor Presidente ha demostrado poseer ese coraje y las condiciones necesarias para enfrentar esta difícil misión con éxito.

No menor que su determinación en materia interna es su vocación integracionista.

Cuando los esquemas latinoamericanos de integración son puestos en tela de juicio, el gobierno del Brasil opta decididamente por la complementación económica. Los recientes acuerdos que Vuestra Excelencia y el Presidente de la Argentina han suscrito para acelerar la entrada en vigor de un mercado común de interesantes proyecciones, revitalizan la esperanza de quienes creemos decisivo implementar nuevas fórmulas de integración, compatibles con las economías abiertas que predominan en el mundo de hoy.

Es evidente que la coherencia entre las economías latinoamericanas es el único camino para transitar hacia una integración fructífera. Tal coherencia se va afianzando paulatinamente en el hemisferio ante los resultados concretos de concepciones macroeconómicas formuladas de cara al siglo XXI.

Tal coherencia debe estar acompañada por la decidida voluntad política de sobrepasar los obstáculos a la integración. Su gobierno, Excelentísimo Señor Presidente, ha mostrado esa voluntad en los hechos, como son las iniciativas de cooperación y asistencia que hemos acordado poner en marcha.

Por todo ello me es muy grato, Excelentísimo Señor, en nombre de mi pueblo y de mi gobierno, imponerle el collar de la Orden al Mérito de Chile, la más alta distinción que mi Patria reserva para los servidores de las grandes causas, para los que -como O'Higgins, fundador de la Orden- fueron intérpretes de la historia y abrieron caminos de esperanza para la gran Patria americana.

Al otorgarle esta condecoración rendimos un justo tributo de admiración y homenaje a vuestra Excelencia. Y con este homenaje reafirmamos el entrañable y antiguo afecto que hace del Brasil y de Chile una hermandad de naciones, de paisajes, lenguas y latitudes distintas pero consolidadas por una voluntad fraterna que desafía y doblega la distancia.

\* \* \* \* \*

BRASILIA, 26 de Julio de 1992.

MLS/EMS.